

IMPRESIONES DE UN VIAJE



DIARIO DE UNA PEREGRINACIÓN A ROMA

POR

Lucía G. Portas



1915

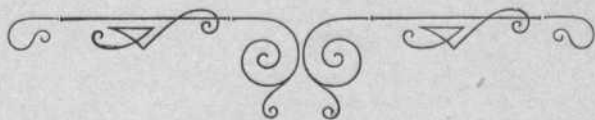
IMP. MODERNA, DE ALVAREZ CHAMORRO Y C.<sup>®</sup>  
CERVANTES, 3.—LEÓN.

JT - F 3293

51

+ 1172709

# IMPRESIONES DE UN VIAJE



## DIARIO DE UNA PEREGRINACIÓN A ROMA

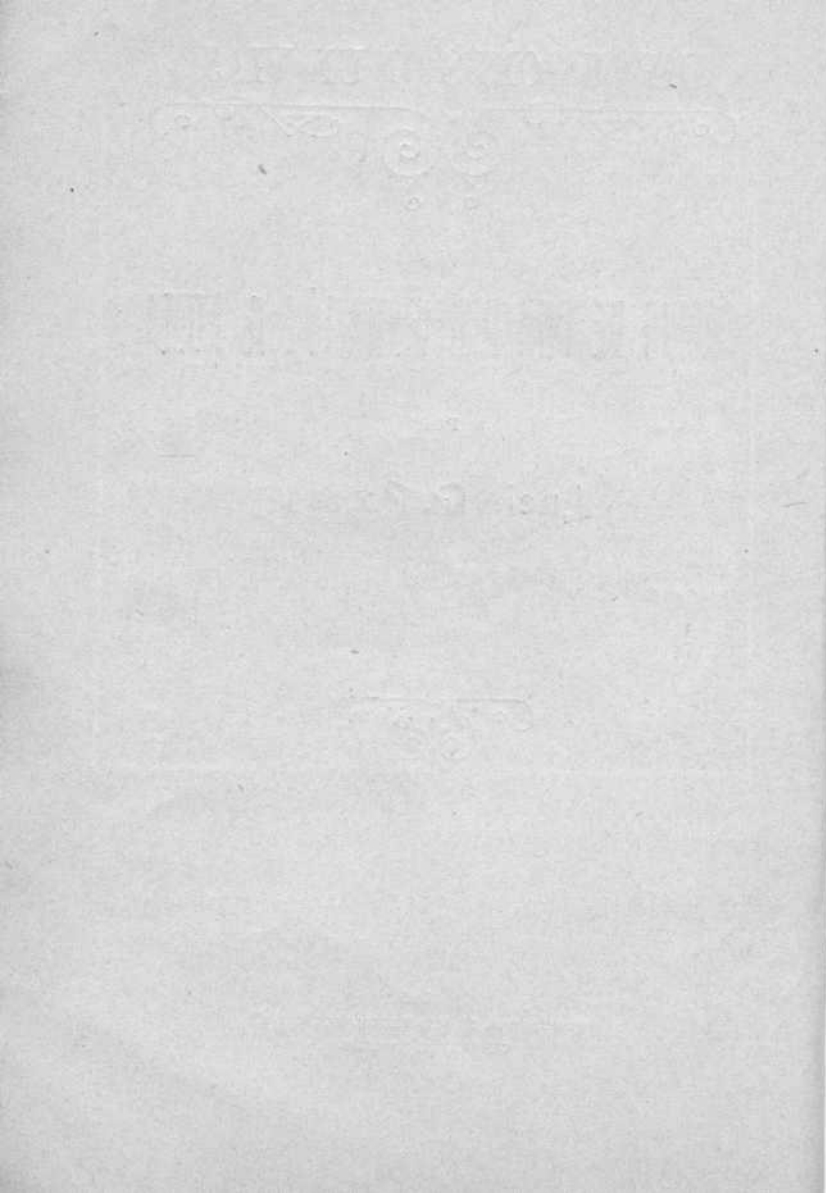
POR

Lucía G. Portas



1913

IMP. MODERNA, DE ALVAREZ CHAMORRO Y C.<sup>®</sup>  
CERVANTES, 3.—LEÓN.





**A LA BUENA MEMORIA**

*de nuestra querida Lucía G. Portas, † el día 31 de Enero de 1915; como tributo de cariño y amor, mandamos imprimir estos apuntes sus primos y compañeros de peregrinación.*

*Julio del Campo Portas  
y Antolina Luna*





# I

## Por tierras de España

DÍA 27.—Salimos de León el día 27 de Abril de 1913, a las nueve de la noche, y llegamos a Venta de Baños, cantando con los compañeros que me tocaron en suerte, a fin de hacer más llevadero el viaje. Era jefe de nuestro grupo D. José Fernández. A la una llegamos a Baños, deteniéndonos allí tres horas, que se nos hicieron bastante largas por el frío; y las pocas comodidades, de que dispone la estación, nos hicieron más penosa la estancia. Partimos de allí a las cuatro (y no fuimos en 1.<sup>a</sup>), llegando a Burgos a las cinco y media. Recuerdo que, como éramos tantos los peregrinos (éramos 145), preguntaban los viajeros medio dormidos: «¿Pero qué es esto?», a lo que contestó Julio: «¡La invasión de los bárbaros!» Nos dirigimos al Hotel Universal, el que tenía mejor comedor que en ningún sitio; nos desayunamos y fuimos a la Catedral, y después de oír Misa en el Santo Cristo de Burgos, nos reunimos los peregrinos

para con el *cicerone* recorrer toda la Catedral, que es hermosa. Lo que más me llamó la atención fué la Capilla del Condestable de Castilla, todas las alhajas y cuadro de Vinci. Por no darnos más tiempo no vimos más.

Hasta aquí vinimos muy mal organizados, porque la confusión reinaba en todo. Salimos de Burgos a las diez y media, llegando a Miranda. Aquí fué donde más de prisa anduvimos, pues no paraba el tren más que 20 minutos; y como éramos 145 y allí no tenían local a propósito y en el andén no podían ponernos porque hacía frío, los más de ellos se quedaron sin comer: yo comí sólo tortilla, que había de primer plato. Al coger de nuevo el tren no parecían las maletas ni encontrábamos departamentos, pues el jefe se negó a poner más coches; tuvimos que ponernos donde se podía. De aquí a Zaragoza no tengo nada que decir más que la hermosa campiña de la Rioja y el famoso Ebro que no se separa en todo el camino.

Llegamos a Zaragoza a las ocho de la tarde, instalándonos en el Hotel Elías, donde cenamos muy bien; en éste fué donde mejor nos dieron de comer. Por la mañana fuimos al Pilar, a visitar a la Santísima Virgen, tomamos Comunión en su altar, de manos del señor Obispo de Oviedo. Mientras la Misa cantaron los *Infantes*, que son los niños de coro, como ángeles; fuimos a desayunarnos y volvimos a ver el joyero de la Virgen, llamando nuestra atención la hermosa corona, regalo del pueblo español, que está cuajada de brillantes. Allí hay de todo; dos bastones llenos de sortijas, monedas, pendientes,



pulseras, aderezos, espadas, todo lo que la piedad cristiana puede ofrecer a la que vino en carne mortal a honrarnos con su visita.

El templo es hermoso; será el templo más suntuoso de España. Hay allí banderas de todas partes donde hay un español. Por la tarde fuimos a la quinta *Julieta* en góndola, remolcada por un caballo a la orilla del canal. Dicha finca es un sitio de recreo muy hermoso; hay animales de todas clases y una plaza de toros.

Después de ver el Pilar fuimos a La Seo, que es un templo muy bueno. Vimos en la sacristía muchas reliquias y unas casullas negras, todas bordadas en piedras preciosas, completamente llenas. Era el aniversario de un magistrado, por cuyo motivo estaba toda la aristocracia de Zaragoza. También visité por la tarde la histórica iglesia de Santa Engracia, baluarte donde se defendieron los habitantes de esta ciudad en la guerra de la Independencia. Descendimos a una cripta donde se conservan las reliquias de la Santa y un trozo de columna de un metro de altura, donde la decapitaron, y por donde pasamos todos las medallas y demás objetos que habíamos comprado. Nos fuimos por una explanada, donde admiramos el famoso monumento de Agustina de Aragón, obra de Benlliure; trasladándonos a la plaza cubierta, donde no sabíamos qué admirar más, si la higiene o la construcción de la plaza o lo bien provista de todo; la gente, muy amable, nos preguntaba de dónde éramos. A las seis de la tarde, a despedirnos de la Virgen; todos los peregrinos fuimos obsequiados con una estampa de la Virgen y un libro de oraciones.

A las nueve de la noche salimos de Zaragoza y llegamos a las seis de la mañana a Monistrol, donde a los pocos momentos el ferrocarril de cremallera nos condujo en dos trenes que hacían muy buen efecto desde el alto. Los que iban primero nos saludaban con los pañuelos. Hay un desnivel muy grande; y fué lástima que una niebla muy densa nos impedía contemplar los precipicios que nos conducían al pintoresco Santuario de Monserrat. Oimos Misa y comimos en el *restaurant*. Por la tarde fuimos a visitar los *quinze misterios*: son regalo de aquella región. La iglesia es muy bonita, y subiendo unas escaleras que conducen al segundo piso, se llega al camarín de la Virgen y subiendo otras escalerillas se besa la mano de la Virgen. Según se bajan las escaleras hay un monaguillo que pide para la Virgen; y parece verdad, por que las alhajas son mucho menos que en el Pilar. A las seis de la tarde regresamos a Monistrol, y un aguacero nos puso buenos: la estación es muy pequeña. (Doña Jacoba pierde la cesta).

A las siete salimos y llegamos a Barcelona a las nueve de la noche. (Doña Jacoba perdió la maleta).

DÍA 1.º DE MAYO.—Por la mañana, según íbamos a Misa, pudimos admirar la bonita *Rambla de las Flores*. Es un efecto hermosísimo lo bien colocadas que éstas están y lo bien que las floristas preparan los ramos para vender. Sigue la *de los Pájaros*, que es tan poética como la de las *Flores*, por lo variados que son y la alegría de sus cánticos. Oimos Misa en Nues-

tra Señora del Pino y pasamos la mañana en recorrer con más despacio las ramblas; y en un tranvía fuimos al *Parque*: allí hay de todo y muy bien instalado, ejemplares de pavos reales blancos y de color, muchos y muy bonitos; un elefante muy *simpático* entendía todo lo que los niños le hablaban; una exposición de peces muy buena y bien instalada; una ballena disecada. Comimos y fuimos al famoso *Tibi-dabo*, contemplando todo Barcelona y resultando una vista hermosa. Se sube por un *funicular* muy atrev'ido y largo. Allí vi una caravana de negros que tenían sus chozas y hacían su vida ordinaria. Uno me pidió los *gemelos* y no se los dejé porque me repugnaba su trato. Al regresar vine arriba del tranvía por apreciar mejor Barcelona; tiene unas casas, cuya construcción, por lo bonita y variada, no se encuentra en sitio alguno. En la plaza de Cataluña nos encontramos con los obreros que celebraban la *fiesta del trabajo*; como eran tantos (pues venían con sus familias), no les consintieron entrar por las ramblas, y un piquete de policía montada les hizo entrar en grupos. Fuimos al muelle y estaba anclado el *Jaime I*, buque hermoso que vi con agrado, así como el *Paseo de las Palmeras*, donde está el monumento a Colón, mejor que el de su Patria, Génova.

DIA 2.— A las cinco de la mañana salimos, llegando a Gerona a las nueve. Estuve buscando unos amigos, mientras en el *restaurant* tomaban café, lo cual que no estaban. La población, por lo que se ve, es sucia y antigua. A las doce llegamos a Cerbere; tuvimos que abrir las

maletas en la Aduana; era un lío: ¡145 maletas y otros tantos maletines! Por encontrar tabaco a un peregrino le hicieron pagar 125 pesetas (francos). Desde aquí ya no podíamos hablar con nadie. Comimos bien; de primer plato *salmon*; (llevamos un botijo que compramos en Zaragoza) y después de comer salimos al andén, que son muy grandes; tienen mesas para café, y sobra sitio. Un joven se puso a mi lado a tomar café; creí que sería francés, pues lo hablaba con los camareros. Cuando me oyó hablar me preguntó si era española, le dije que sí; me dijo que él era de España, de la tierra de los botijos, de Extremadura. Estuvo la mar de atento; nos buscó coche y nos ayudó a trasladar las maletas. No me acuerdo cómo se llamaba; pero sí que estaba cerca de allí en un pueblo de la frontera de capitán de carabineros. Me dijo que si volvíamos por allí, y le respondí que no.

---



## II

### Por tierras de Francia

Salimos de Cerbere a las tres de la tarde. Nada más salir el mar nos acompaña hasta llegar a Narbona, lo que hicimos a las siete de la tarde. Desde aquí a Cette lo pasamos muy bien: el tren va entre dos brazos de mar, resultando un espectáculo muy bonito. Una vez en Cette, que dista dos horas de Narbona, fuimos a cenar a la fonda de la estación, y estando cenando ocurrió un altercado entre uno de Oviedo llamado Argüelles y un camarero de la fonda. Intentó aquél chancearse de éste, que contestó al español en malas formas. Resultó que el tal Argüelles tiró un plato que hirió al camarero, que al verse herido se abalanzó sobre él, costando no poco separarlos y resultando un alboroto de primera. Los gendarmes se llevaron al camarero herido y al señor Argüelles le condujeron al lugar destinado a prestar declaraciones.

DIA 3 DE MAYO.—Salimos para Marsella, con-

templando una hermosa campiña, seguida de hermosos hoteles, y a continuación Tarascón, circundado por un caudaloso río con un magnífico puente bastante largo, por donde pasa el tren. Llegamos a Marsella a las nueve de la mañana. Desde la estación nos condujo un automóvil al *Hotel Provence*. Nos arreglamos y nos fuimos a contemplar el hermoso puerto que estaba lleno de vapores, todos engalanados, con motivo de ser las fiestas de Juana de Arco, lo mismo que las iglesias y edificios. La mañana la empleamos en recorrer la ciudad, que es hermosa y tiene mucho más movimiento que Barcelona; los escaparates son también mucho mayores y mejores. Se ponen unos puestos portátiles, de mariscos en más abundancia, y ostras que comimos muy fresquitas. Los vendedores tienen ya su limón preparado y las ostras rodeadas de algas, que las hacen estar de mejor vista. Fuimos a comer; y aquí empezaron a funcionar los macarrones, que a mí no me gustan.

A las cuatro estábamos citados para visitar el Santuario de Nuestra Señora de la Guarda, que se encuentra en lo más alto de la ciudad, teniendo que subir a él por un funicular perpendicular. Tiene 43 metros de altura, y cuando se sube se hace la ilusión de que se va volando. Se rezó el Santo Rosario; hubo sermón y cánticos, y después admiramos el precioso templo y la cripta y el panorama hermosísimo que se domina. Tiene este grandioso templo una altura de más de 100 metros. Desde que se sale del funicular hay que subir muchas escaleras y rampas, y la torre está coronada por una bella imagen de

bronce dorado, de más de 8 metros de alta, y representa tamaño natural. Descendimos a las seis, pero al coger el tranvía Julio y Antolina se quedaron. En él me encontré con otros peregrinos y juntos llegamos al hotel. El tiempo que nos quedó lo empleamos en visitar el templo de San Vicente, que es una verdadera Catedral de estilo *gótico*, y los escaparates de la calle del Hotel. Estando cenando, desde el balcón del comedor vimos una retreta militar. Iban con hachas de viento. Como eran las fiestas de Juana de Arco, las fachadas de las casas de la población estaban iluminadas, lo mismo que las iglesias. Aquí es donde mejores camas nos dieron. A las cinco nos levantamos para oír Misa y marchar con grande pena por no poder ver las fiestas, que eran aquel día. Se lidiaban toros y mataban Mazzantinito y Fuentes. Por cierto que al ver el cartel de toros, me pareció era de mi patria.

DIA 4.—A la puerta de la iglesia nos esperaban los automóviles, que nos llevaron a la estación. Una vez en ésta, la confusión de siempre. Las maletas las traían todas juntas, y para recoger cada uno la suya era un verdadero lío. A las siete salimos con dirección a Génova y empezamos otra vez a ver el mar, pudiendo divisar perfectamente con los gemelos un trasatlántico que era admirable. El mar de la costa era azul, y me gustaron mucho los magníficos hoteles que rodean a Tolón; y Lanut, que es donde los ricos de Francia van a veranear, posee un hermoso puerto y arsenal. El camino que recorre el tren no se pinta ni se describe, sino que sólo

viéndolo puede formarse idea de lo precioso que encierra; el mar, en todo su esplendor; una variedad de bonitos hoteles y prados de flores hacen un conjunto que entusiasma.

Sigue Niza, Monte-Carlo y Mónaco. No encuentro palabras con que expresar lo que veo. Contemplo un famoso puerto artificial. Aquí nos cruzamos con un tren atestado de viajeros que van a Marsella a los toros. Continuando nuestro viaje llegamos a Ventimiglia, frontera italiana.

---





### III

#### Por tierras de Italia

En esta frontera tuvieron con nosotros mucha consideración; no nos miraron las maletas y comimos bastante bien, reanudando nuestro viaje lo mismo de bonito. Aquí los hoteles son todos de mármol, y el mar va tan cerca de la vía que nos salpica la cara con las olas. Para defender la vía del mar de trecho en trecho hay una especie de cabos para que rompan las olas al llegar. Este es el país de las flores; se ven grandes extensiones de terreno destinado a cultivarlas, y se siembran como aquí el trigo; las mandan a todo el mundo.

Como era domingo se nota mucha gente por el trayecto, que nos saluda; se nota la amabilidad de los italianos y lo brusco de los franceses. Llegamos a Puerto de San Mauricio, que es muy espacioso, y veo salir muchas lanchas a pescar. En el retrete del tren encuentro un aparato que tenía una palangana pegada a la portezuela, con un caño que, dando a una ma-

nivela, arrojaba el agua suficiente para lavarse. Se divisan naranjos y limoneros y grandes invernaderos de flores. Se hace de noche y nos despedimos del mar. Sigo viendo los barcos por las luces, y me da pena el ver que las barquitas que salían de paseo no se ven, y me parece triste el mar de noche. Llegamos por fin a Génova a las nueve de la noche, y la estación es monumental, la mejor de lo que he visto, muy grande y bien iluminada. Después de bajar treinta escaleras subimos otras tantas que nos condujeron a la salida, donde nos esperaban los coches que nos llevaron al *Hotel Victoria*, que está en una gran plaza, donde se celebra el mercado de verduras. A las diez de la mañana ya ha desaparecido todo, como si allí no hubiera habido nada. Era mucha gracia oír subastar las cosas y no entender lo que decían. Precisamente la habitación que teníamos Antolina y yo daba a la misma plaza. El hotel, el más elegante de todos. Teníamos una habitación estilo inglés, con cuarto de baño. La comida, como en toda Italia, macarrones, que no nos gustaban a la mitad. La comida francesa se parece mucho más que la italiana a la española.

DIA 5.—Fuimos a la iglesia de la Anunciación, que está enfrente del hotel; es muy preciosa y toda de mármol. Las columnas, todas de una pieza, están incrustadas a los mármoles sin ninguna pieza; el techo tiene grandes pinturas *al fresco*, y lo demás oro. Allí las mujeres entraban sin nada a la cabeza. A las nueve tomamos un coche que nos condujo al Cementerio. Génova es muy bella por la posición que

ocupa, llena de jardines, naranjos y limoneros; hay palacios suntuosísimos, todos de mármol, cuyas puertas tienen unas entradas que valen un capital, con columnas de una pieza de 8 y 10 metros de altura; los aleros de dichos palacios tendrán cinco metros de anchos con bonitas pinturas y artesonados que dan remate a tan bellos edificios. Muy digno de describirse es el castillo *Magenza*, que es un sueño con tanto momo como hay; al lado de la costa azul no ví otro tan bonito como éste. Todo lo que veo es bello; si tuviera que vivir en Italia, sería en Génova. Se nota que hay pocos balcones; dicen que es porque pagan mucha contribución.

Llegamos al famoso *cementerio*. No puedo describir lo que ví, porque aquello no es cementerio, es un verdadero y acabado *museo de escultura*. Las estatuas están construidas por los mejores escultores. No vimos más que una de las galerías, que no termina nunca de verse; para verle todo bien hay que estar meses. Al regresar nos impidió una nube admirar la población; el cementerio es la parte más alta.

La tarde la dedicamos a ver el templo de San Ambrosio, que es un verdadero monumento, y la Catedral de estilo románico con unos frescos admirables. Todos los templos de Italia tienen los techos decorados con pinturas y oro. La iglesia de San Camilo es pequeña, pero bonita; y últimamente visitamos la de Santa Catalina de Génova, donde se conserva incorrupto el cuerpo de la Santa (que admira) y se ven sus santas cenizas.

Después nos dedicamos a recorrer las calles

de la ciudad; hay una cubierta que lleva el nombre de *Galleria di Mazzini*. Llegamos al famoso puerto, que es muy grande, donde presencié la salida de más de mil obreros del arsenal. Me llamó la atención que todos los caballos llevan la cabeza cubierta, y no se les ve más que los ojos y orejas.

DIA 6.—Fuí con don José y Fernanda a ver la cascada y parque y jardines; admiraba: y como está muy alto, para ir allá tiene el tranvía que pasar dos túneles que atraviesan la ciudad. Una vez allí se contempla todo Génova con su puerto grandioso y sus grandes edificaciones. Al bajar compramos varias cosas y flores; tres claveles nos costaron una *lira*. Y a propósito de dinero: con el español, el francés y el italiano nos hacemos un lío tal, que algunas veces creemos que lo tenemos de aquí, y resulta de otro sitio. Con los caseros nos tenemos que entender por señas. Cenamos, y hasta las doce que salimos para Pisa, lo pasamos en la sala de baile, tocando *aires asturianos*.

DIA 7.—Al amanecer se ven mucho viñedo y muchas canteras de mármol. Llegamos a Pisa a las siete de la mañana, donde nos comunican que pasamos de largo, porque haremos la visita a esta ciudad al regreso. Comeremos en el tren para llegar a Roma a las cinco de la tarde. Todo el trayecto de Pisa a *Civitta-vecchia* son extensiones muy fértiles, donde se cultiva el trigo de una manera especial. A las once nos dan a cada uno un *panier* que contiene lo siguiente: dos huevos cocidos, una ración de mortadela, un filete y un cuarto de pato, una

botella de agua y otra de vino, queso, naranjas y un poco de sal, tenedor, cuchillo y vaso de cristal. Nada más comer nos visitó el Sr. Obispo de Oviedo y estuvo conversando con nosotros largo rato, enseñándonos objetos que había comprado; es muy bueno, y siempre que nos vemos nos pregunta si vamos bien. En Civitta-vecchia volvemos a ver el mar, y el puerto no tiene nada de notable. Tenemos que mudar la hora del reloj porque los de Italia llevan una hora adelantada. Por fin, a las seis de la tarde, llegamos a la Ciudad Eterna, siendo aclamados por los peregrinos de Malta, que estaban esperándonos en la estación con el señor Obispo de Lugo, señor Basulto.

**Roma.**—Desde el coche fuimos al *Hotel Bethell*, de donde es el papel en que escribo, pues lo guardé para este fin. Está situado entre la plaza de España y la plaza del *Pópolo*. Tuvíamos que pasar por un túnel que está debajo de los jardines del Quirinal; es anchísimo y forrado todo de baldosín blanco, al que continuamente riegan y limpian con paños. Tiene una acera ancha a cada lado y carriles para dos tranvías, uno que sube y otro que baja; es mucho el tránsito que tiene y está iluminado con grandes focos y arcos voltaicos.

DIA 8.—Así que nos desayunamos, fuimos al *Vaticano*; teníamos deseos de verle; atravesamos el río Tiber, que es bastante caudaloso y nunca está claro. Sólo hice entrar en la *Basílica de San Pedro* y me pareció sorprendente. Todo allí es grande, hermoso, soberbio; de ésto aun diciendo mucho no se dice nada. Visité *San-*

*ta María la Mayor*, que está decorada con el primer oro traído de América a España por Cristóbal Colón. También vi a *Santa Cruz de Jerusalén*, donde hay muchas reliquias, y entre ellas un clavo de la Cruz y el cuerpo de San Aureliano, como si está dormido; todo lleno de oro y piedras. La *Scala Santa* es la escalera por donde el Señor subió al pretorio de Pilatos; hay que subirla de rodillas; no se permite de otro modo. Son 32 escalones y hay 5 gotas de sangre que están señaladas con una cruz. Nos acompañó el P. Trinitario que conocían las compañeras de Alcázar de San Juan, que venían en nuestro grupo. Regresamos a comer, digo, a no comer, pues nos daban macarrones y rosquillas de espinacas y casi todos los platos parecidos, que no gustaban a nadie. Por la tarde fuimos al Colegio Español para que nos acompañara un colegial para quien llevábamos una visita y de nuevo al Vaticano para verle más detenidamente, hasta las siete de la tarde, que estábamos invitados para una función religiosa en dicho Colegio. Nada más entrar en el hermoso patio, y en frente de la puerta, ondea la enseña de la patria, que al encontrarnos tan lejos de ella emociona, a la vez que parecía que entrábamos en nuestra casa; esto no lo puede apreciar más que el que esté lejos de ella. Se dijo el Rosario y sermón, que predicó el señor Obispo de Orense; cantaron los seminaristas muy bien. Regresamos al Hotel a cenar.

DIA 9.—Por la mañana fuimos otra vez al Vaticano para ver los museos; nos llama la atención la *Guardia Suiza* que trae unos trajes

muy raros, encarnados, amarillos y negros y una especie de boina con una pluma blanca; son guapos y buenos mozos. Recorrimos el museo de escultura: que allí hay que ver para un año; después el de pinturas y la célebre *Capilla Sixtina*, estando sentados largo rato para verla mejor. Hay la mar de ingleses y franceses, que con libros y con espejos recorren todo aquello. Estuvimos en una sala donde está pintado el dogma de la Inmaculada y hay unas vitrinas con misales preciosísimos con las tapas de oro y piedras preciosas. La galería de los mapas de todo el mundo es grandísima; hay otra llena de tapices, cuyo valor es inmenso. Aquello no es para verlo tan de prisa. A la una salimos a comer.

Por la tarde volvimos al Colegio Español a buscar al seminarista para que nos acompañara. Visitamos el famoso *Coliseo* o circo Romano; subimos hasta el tercer piso. Es muy grande y cabían en él 85.000 almas. Se conserva por medio de unos grandes muros. Vimos también el *Foro Romano*, y después el «*Quo vadis?*» que está en la *Vía Appia*. Hay una Capilla y en ella una piedra con unos pies señalados; que es tradición estuvo allí fijado Dios cuando se le apareció a San Pedro. Desde allí a las catacumbas de San Calixto, que tienen 17 kilómetros de extensión. Nos guía un fraile de los que están allí; para bajar, a cada uno nos entregan una velita; contemplamos allá muchos sepulcros de mártires y volvimos a subir con nuestras luces. Lo que sobró de la velita lo conservo como recuerdo. Lo que nos quedaba de

tarde lo empleamos en recorrer las principales calles y examinar los edificios públicos que más gustan en Roma; el monumento a Víctor-Manuel, el Quirinal y el Palacio de Justicia.

Todo Roma está lleno de fuentes, que son obras de arte. La más bonita es la de *Trevi*. Para formarse idea de lo que es Roma basta saber que hay 600 iglesias católicas y 20 protestantes (vi una que había cerca del hotel) y una sinagoga. Estando cenando nos comunican que hay que salir de Roma para Nápoles a las once de la noche del día siguiente. No se llevan equipajes.

DIA 10.—A las diez fuimos a San Pedro y oímos Misa en una Capilla, pues el altar mayor estaba de obra. Los canónigos estaban de coro oyendo la Misa mayor. Los niños de coro cantaban que parecían ángeles. Los sacristanes parecen obispos, pues visten de morado con un fajín del mismo color.

Después de comer, un sacerdote aficionado nos hace una fotografía. A las tres todos juntos fuimos al castillo de *Sant' Angelo*; pero ya era tarde y no le pudimos ver. Vimos, en cambio, un museo que hay allí de instrumentos de música; yo creo que desde que se conoció la música. Hay filigranas hechas en cuero y algunas sillas, preciosas por su labor, están dentro de vitrinas. Por último, hay un ferrocarril casi todo de plata y departamentos de seda amarilla, donde dormía y decía Misa el Papa ¡Precioso! Así que no perdimos el viaje.

Después fuimos al *Panteón de Agripa*, donde están los restos de Umberto y Víctor-Ma-



nuel II; hay hombres recogiendo firmas. Las puertas de bronce y grandísimas tienen de gruesas dos cuartas. El templo es una *rotonda* como una plaza de toros. También visitamos la iglesia de San Pablo, que es una riqueza de mármoles de todos los colores que puede haber. Es preciosísima y no se parece a ninguna. Tiene una serie de columnas todas iguales y de una pieza, y unas pinturas que parece que las pintaron ayer. En medallones de mosaico está el retrato de todos los Papas. El claustro tiene columnas salomónicas y la sacristía es preciosa.

Estuvimos también en San Pedro *ad víncula*, donde están las cadenas que tuvo San Pedro, y el famoso y nunca bien ponderado *Moisés*, de Miguel-Angel; hay bancos para sentarse a verle, que nunca están demás, sino ocupados por extranjeros. Pasamos por la plaza de Venecia.

DIA 11.—A las siete de la mañana, en la iglesia de los Dominicos, Comunion general para ganar el jubileo. Después de desayunarnos cogimos el tranvía y fuimos a San Pedro y San Pablo y San Juan de Letrán, para ganar el jubileo. En la puerta de esta basílica nos retrataron a todos los peregrinos con el señor Obispo de Oviedo en medio. Como las distancias son tan largas, anduvimos en tranvía toda la mañana.

Casualmente se halla también en Roma como *turista* un sacerdote pasiego, que está de cura en Santander y es muy amigo de otro sacerdote peregrino. Es muy listo y muy *célebre*, y toca muy bien el piano. Como durante el día andamos tanto, nadie sale de noche, y pasamos un

rato muy divertido después de cenar. El sacerdote santanderino toca aires asturianos, que coreamos, y sabe el testamento del gallego y del pasiego, y pasamos muy bien las noches.

Como a las once de la noche saldremos para Nápoles, procuraremos aprovechar el tiempo, y a las tres nos vamos en coche a ver el Parque Zoológico que es de lo mejor y bien instalado. Los osos y leones andan sueltos en cuevas rústicas, que ocupan la mar de sitio, rodeadas por un lago que sirve para cisnes, patos, cigüeñas, etc., etc. Los elefantes andan también sueltos y hay praderas donde pastan cebras, ciervas, llamas y demás animales que están para exhibirse. Los estanques de peces están mejor en Barcelona; pero aquí hay la mar de serpientes, cocodrilos y caimanes. Salimos de allí cansados y fuimos a ver una exposición de flores en un jardín público. Tocaba una banda y se pagaba la entrada. Había rosales cinerarias, rosales trepadores, claveles y azahares, formando macizos, que eran una preciosidad. Había un estanque con cisnes, a los que estuve tirando galletas que llevaba; ellos venían a comerlas, y se llenó todo de ellos a disputarse la comida. Montamos en coche y fuimos al Vaticano; pues estábamos citados a las seis para el *Te-Deum* por la salud del Papa. Hasta las siete no empezó y estuvieron entrando personas sin parar, hasta unas 25.000. Repartían unas hojitas con el *Te-Deum*, las cuales conservo como recuerdo. Ofició el Cardenal Rampolla; había representaciones de todas las órdenes con sus condecoraciones. Cuando terminó el acto, salimos a la plaza,

en la que nos detuvimos a ver tantísima gente que no acababa nunca de salir, y eso que salen por tres puertas anchísimas. Después vimos encender la iluminación por el procedimiento antiguo de unos vasos con aceite; cuando todo estuvo encendido, presentaba un aspecto fantástico. Cuando nos cansamos, fuimos a ver otras iluminaciones en algunas iglesias, y luego a cenar, porque a las once salimos para Nápoles.

DÍA 12. — **Nápoles.**—A las tres de la mañana llegamos a Monte Casino, donde tomamos café. A las seis llegamos a Caserta y desde el tren admiramos el famoso palacio del mismo nombre, llegando por fin a Nápoles a las ocho; y después de desayunarnos en la fonda de la estación, tomamos el tranvía eléctrico que nos condujo a las famosas ruinas de Pompeya. Al salir de la estación de Nápoles nos encontramos con el Santo Viático, que iba acompañado por varios niños con unas medallas muy grandes. El Santo Viático iba debajo de una *sombrilla* encarnada. Nada más divisarle todos los peregrinos nos pusimos de pie, entonando el Himno Eucarístico, lo cual resultó un acto de muy buen efecto.

Por el camino se encuentran muchas fábricas de alcohol, y una vegetación muy exuberante, gracias a la ceniza que hay en todo el camino. En un mismo sitio crecen árboles, viñas y habas; y todo muy fértil y risueño. A la hora y media estábamos en Pompeya, y en seguida con el *cicerone* fuimos a contemplar las ruinas, que se conservan en muy buen estado, pareciendo imposible que después de estar tantísimos años

enterrado todo, puedan verse pinturas, patios, termas, fuentes, coliseo, foro, etc. . . . Se conoce que era una población muy grande; se ha formado un museo con momias, cacharros, cajas de caudales... Hay una hermosa casa, en cuyo frontis se ve un letrero que dice: «*Hic felicitas*», donde sólo entraron los hombres, porque hay *fréscos* muy sicalípticos. El Palacio de Justicia está en muy buen estado, y hay la mar de cosas muy curiosas.

El Vesubio se divisa antes de llegar a Nápoles, y no se le pierde de vista hasta Pompeya, desde la cual sale el ferrocarril que llega hasta el borde de la montaña; desde allí tienen que subir en caballerías. Sólo subieron cuatro peregrinos, que nos dijeron que el cráter del volcán tiene más de un kilómetro de circunferencia; y parece creíble, si se tiene en cuenta que arroja a veces tanta lava que puede sepultar en sus cenizas una población tan grande como Pompeya, y cubrir el mar unos cuantos kilómetros; pues según referencias del *cicerone* antes era puerto de mar y hoy sólo es un campo muy fértil. Desde la estación se ve muy bien el Vesubio, que echa continuamente un poco de humo. Regresamos a Nápoles a las dos de la tarde.

Al llegar a la estación nos pasó una cosa muy curiosa. Nos esperaban los coches para ir al hotel. A nosotros nos tocó uno de punto, al que no dieron la dirección, y nosotros tampoco la sabíamos por estar fuera de programa la excursión a Nápoles; nos atravesamos con un entierro y perdimos de vista el último coche. El cochero nos preguntó por el nombre del hotel,

pero no lo sabíamos, y como él era italiano, no nos entendíamos, y tuvimos que recorrer todo Nápoles, sin encontrar la caravana española en ninguno de varios hoteles. ¡Nadie sabía nada de 145 personas que ocupaban la mar de coches! A mí me preguntaban si parlaba *francés*; yo les decía que *no*, que era española; y ni nos entendían ni les entendíamos, hasta que al fin Julio se acuerda que le han dado unos vales donde se indicaba el hotel Santa Lucía. Cuando llegamos, terminaban de comer. A las tres ya nos buscaban los coches para ir a visitar el museo, donde se conserva mucho y muy bueno de Pompeya. Había muchos pintores copiando cosas preciosas. Vimos unas momias egipcias de antes de Jesucristo, tal y como las enterraban.

Nápoles es una población muy grande con un puerto muy bueno y mucho comercio. Subimos a un alto desde el cual se ve toda la ciudad; al bajar vimos la Catedral, que es muy rica, y otra iglesia muy buena. Al regresar a la fonda nos llamaron la atención unos coches que venían muy engalanados; era la función de la *Virgen del Manto verde*; fueron llegando coches a cual más bonitos, y daban vueltas por delante del hotel; les ovacionamos, y al pasar los mejores nos saludaron con los sombreros y nos arrojaron bombones. Se cenó, y a las doce salimos de regreso para Roma, a donde llegamos a las once de la mañana, para meternos en la cama muertos de cansancio.

DIA 15.—En la comida nos comunican que a las cuatro de la tarde nos da audiencia en su

despacho el señor Cardenal Merry del Val, pues Su Santidad no puede recibir. A las cuatro nos fuimos al Vaticano, y fué una recepción muy simpática. El señor Obispo de Oviedo leyó un discurso, al que contestó el señor Cardenal en castellano, lamentándose de que no pudiéramos ver al Papa por no dejarle recibir los médicos. Era nuestra ilusión, y quedó defraudada. A medida que íbamos besándole el anillo, entregaba a cada uno una medalla de las fiestas constantinianas; nos despedimos del Cardenal, y nos entregaron un papel con el discurso que el Papa dirigía a los peregrinos.

DIA 14. Salimos de Roma a las nueve de la mañana, despidiéndonos los PP. Trinitarios Agustín y Esteban y el famoso P. Panadero. A cada peregrino nos dieron el consabido *Panier*, y viajamos con un calor tremendo durante todo el trayecto. En una estación antes de Pisa tuvimos que detenernos una hora; estaban todos en el andén con los señores Obispos, y se le ocurre a Julio decir, cuando más entretenidos estábamos: «¡Señores viajeros, al tren!», y sin pensar que allí nadie podía decirlo más que en italiano, todos nos fuimos al tren, hasta que nos dimos cuenta, y todos riéndose del engaño preguntaban quién había sido el autor.

Llegamos a Pisa a las seis de la tarde, y nos detuvimos tres horas, que nos dieron tiempo para, en tranvía, ir a la ciudad y visitar la *torre inclinada*, el *baptisterio* y la *catedral*. Cenamos en la estación, y luego salimos de Pisa para llegar a Génova a las tres de la mañana. Llegué bastante mareada, tanto que me llevaron

té de la estación; el bueno de Héctor y todos los peregrinos me llenaron de atenciones, Nada más amanecer volvimos a ver la costa azul, que, aunque ya conocida y admirada, no decae en hermosura y belleza.

DIA 15.—A las doce llegamos a la frontera italiana; comimos menos mal; y con objeto de no molestar a todos los peregrinos, los aduaneros sortearon cuatro maletas para ser abiertas y registradas, y no encontrando nada, las dejaron pasar todas sin otro requisito. Salimos de Ventimiglia a las tres de la tarde, y llegamos a Niza a las seis, otra vez en plena costa azul; aquel es el país más bello de Europa; y con esto está todo dicho.

---



## IV

### Otra vez por tierras de Francia

En Niza recorrimos la mayor parte de la ciudad, y observo que los tranvías tienen la estación subterránea. Cenamos y volvimos a salir a ver los comercios.

DIA 16.—Al día siguiente, y después de recorrer la calle mayor, nos encontramos al fin de ésta en una gran plaza que da entrada al famoso jardín, que tiene fama de lo mejor. Este se comunica con un amplio paseo que está a la orilla del mar, con un precioso balneario, del cual no sabíamos lo que era. La entrada costaba dos liras. Estaba tocando una orquesta que constaba de 100 profesores, todos en el escenario adornado con una decoración elegante sobre toda ponderación. La parte del lado derecho, que tiene la mar de juegos de sillas de paja, pero ninguno igual, está destinada para el té. Al lado izquierdo está la ruleta, donde había varias señoras jugando. Las columnas están revestidas de enredaderas artificiales, con flores y frutas muy variadas, que indudablemente



de noche formarán un aspecto ideal. A medida que íbamos llegando los peregrinos, se enteraron de que éramos españoles; y entonces en nuestro honor tocaron la *Marcha Real* española, que oímos de pie, y después tocaron música también de nuestra tierra. Desde allí fuimos a una gruta artificial, colgada toda de flores y enredaderas. Al lado hay un lago en que nadan cisnes. Llegó un señor, le llamó a uno, y al acercarse le estuvo acariciando. Lo poco que he visto de esta *perla de los mares*, con justicia merece este nombre encantador; y sintiendo no poder estar allí más tiempo, salimos a las seis de la tarde. Al partir del Hotel le dije al dueño: «Es una pena salir tan pronto de aquí, siendo esto tan bonito; pero hay que seguir la peregrinación a Lourdes con 28 horas de tren».

Ya de noche y en una estación antes de Marsella subió al tren una señora francesa; pero como el coche estaba muy ocupado por peregrinos, se quedó en el pasillo, hasta que don José se dió cuenta y la hizo entrar donde nosotros estábamos. Con un libro de conversación nos hicimos entender muy mal; era listísima e iba a Marselia a dar una conferencia pedagógica; estaba casada y tenía un hijo de 15 años. Al saber que éramos *españoles* nos dijo que había hecho por España un viaje que la gustó mucho; y además nos cantó unos cantares que aprendió en Andalucía:

«El día que no te veo  
estoy como árbol sin sombra,  
como jardín sin recreo,  
como reina sin corona».

«Los ojos de mi morena  
se parecen a mis males:  
grandes como mis fatigas,  
negros como mis pesares».

DIA 17.—A las dos de la mañana llegamos a Tarascón; uno de los ejes de nuestro coche se había recalentado; nos hacen bajar para trasladarnos a otro coche, bajo un aguacero más que regular. Tuvimos que entrar en la fonda de la estación y pedir café sin ganas. Daba risa ver a todos medio dormidos y tapados con las mantas, como si viniéramos de un Hospital. Estos apuros son de mal gusto; pero como ya estábamos acostumbrados a tales peripecias, se nos hacían más llevaderas.

Llegamos a Cette, donde tomamos el desayuno, y hétenos aquí otra vez con el jaleo de las maletas; y aunque los peregrinos protestan, como si no, porque la agencia se hace sorda. Se conoce que ha llovido mucho, en que los ríos están desbordados y las vías llenas de agua. Se ve un pueblecito inundado porque un puente, grande y todo, no daba suficiente paso al agua; el pueblo es *Coursan* y el río el *Audeze*.

Llegamos a Toulouse a las doce. Todo el campo es viñedo de grandes extensiones. La estación es muy grande, porque en ella empalman muchas vías. En ella venden violetas en cajas; en mi vida he visto tantas. Comimos en la fonda de la estación y después de tres horas de descanso partimos para Lourdes, a donde llegamos a las diez de la noche. Durante toda la tarde había llovido sin cesar. A 20 kilómetros

de nuestra frontera en Moxtrejian notamos que había mucho movimiento; nos dijeron que así era de continuo por haber allí tres fuentes de aguas minerales de mucha importancia. Ya en Lourdes, a donde llegamos con retraso y lloviendo a mares, nos hospedamos en el *Hotel San José*.

DÍA 18.—**Lourdes.**—Por la mañana fuimos a la Basílica, pisando un barro tremendo. Nos llegamos a reunir unos 25.000 peregrinos; había entre otras, una peregrinación *belga* de 6.000 personas y otra de *ferroviarios de Lyon* de 4.000, con su música. Llegué a contar 195 estandartes muy bien organizados. Nos confesamos en la cripta, (pues hay allí confesores españoles) y comulgamos en la gruta de manos del señor Obispo de Orense. En aquel altar únicamente pueden celebrar los Obispos.

Por la tarde vimos la procesión con el Santísimo, que es un acto imponente. Llevan a los enfermos hasta la gruta en camillas y cochecitos; y otros van andando. Van numerados, y cuento hasta 236; los ponen delante de la Virgen, y todos rezan por ellos, para que la celestial Señora les devuelva la salud. Emociona la fe con que piden. Después los llevan a la gran plaza, que hay delante de la Basílica, y sale la procesión con el Santísimo, y uno por uno les dan la bendición; y entonces es cuando suelen hacerse los milagros. Nosotros no tuvimos la suerte de presenciar ninguno.

Después nos reunimos todos los peregrinos en la Basílica para escuchar el sermón de despedida del señor Obispo de Orense. Nos decía

que, ya que tantos templos consagrados a María habíamos visitado juntos, era justo que también visitáramos a Lourdes. Terminado el acto religioso fuimos a cenar; y al momento regresamos para ir en la *procesión de las antorchas*, que es fantástica sobre toda ponderación. Nos reunimos unos 12.000, la mayor parte con luces encendidas y cantando el *Ave-María*. La Basílica estaba iluminada con luces eléctricas; y las luces que llevábamos los peregrinos, formaban en la gran plaza un espectáculo que no se borrará nunca de mi imaginación; hasta el reloj de la Basílica al dar la hora canta el *Ave*; el que no tenga fe que vaya allá. Por fin fuimos a despedirnos de la Santísima Virgen y a coger agua de la fuente milagrosa; después al *cine*, donde representaban la *Pasión*, y en figuras de cera toda la vida de *Bernardita*, que me gustó muchísimo. A las doce regresamos al Hotel.

DIA 19.—**¡Españal!**—A las seis salimos de Lourdes con el célebre *panier*, pues habíamos de comer en el tren; a la una de la tarde pasábamos por Bayona, viendo desde el tren su hermosa Catedral; salvamos la frontera sin que abrieran más que unas cuantas maletas y por fin, a las cuatro de la tarde entramos en San Sebastián. Mucho ha mejorado desde que no le veo; y aunque está sin movimiento no deja de ser bonito. La *Concha* está muy reformada y el *Puente de María Cristina*.

DIA 20.—A las siete de la mañana salimos de San Sebastián y a Vitoria llegamos a las doce. Allí un tropel de cadetes intenta subir a nuestro tren, pero les hacemos ver que no pue-

de ser, porque el tren es de peregrinos; sin embargo a unos cuantos les hacemos, por fin, sitio y lo agradecen muchísimo. Ví la nueva Catedral y la *grúa titán*, que ya había visto en postal. Llegamos a Miranda, donde comimos muy bien, porque lo tenían mejor organizado que a la ida. A las cinco estábamos en Burgos y a las siete en Venta de Baños, donde nos despedimos de D.<sup>a</sup> Ascensión y Fernanda, nuestras compañeras de grupo. La despedida nos costó lágrimas, por separarnos de tan buena compañía. Cenamos en la fonda y últimamente me despedí del señor Obispo de Orense...

FIN

